

RAFAEL ALBERTI.- ELEGÍA

Introducción.

Dentro de la generación del 27, la trayectoria poética de Rafael Alberti nos sorprende por su gran variedad. En su obra tiene cabida lo popular junto a lo culto (influencias clásicas y gongorinas, huella del surrealismo...), la poesía pura junto a la poesía política, el jugueteo verbal junto a la honda confesión de sus angustias o de sus nostalgias.

Nació Alberti en Puerto de Santa María (Cádiz) en 1902. A los quince años se traslada con su familia a Madrid, en donde se siente desarraigado. La añoranza de su niñez y de su paisaje natal le llevan a la poesía. Su primer libro *Marinero en tierra* (que obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1924), está lleno de evocaciones del mar, de las playas y las salinas de su tierra, de los recuerdos de su infancia ("aquel pozo nostálgico"), presidido todo por un vehemente anhelo de evasión. Una asimilación asombrosa de la poesía popular le permite conseguir poemas de ritmos ágiles, generalmente muy breves, en los que la gracia alada se combina con una insuperable intensidad de la palabra poética. Veamos un poema de este libro.

Texto.

ELEGIA

**La niña rosa, sentada.
Sobre su falda,
como una flor,
abierto, un atlas.**

**¡Cómo la miraba yo
viajar, desde mi balcón!**

**Su dedo, blanco velero,
desde las islas Canarias
iba a morir al mar Negro.**

**¡Cómo lo miraba yo morir,
desde mi balcón!**

**La niña, rosa sentada.
Sobre su falda,
como una flor,
cerrado, un atlas.**

**Por el mar de la tarde
van las nubes llorando
rojas islas de sangre.**

I. Contenido y estructura

El poema tiene una historia curiosa. Habla Alberti en sus memorias (*La arboleda perdida*, p. 161) de "una niña de doce o trece años, a quien en los largos primeros meses de mi enfermedad [una afección pulmonar padecida a los 18 años] contemplaba abstraída ante un atlas geográfico tras los cristales encendidos de su ventana. Desde la mía, sólo un piso más alta, veía cómo su dedo viajaba lentamente por los mares azules...". Y añade: "Ella fue mi callado consuelo durante muchos atardeceres". "Esta pura y primitiva imagen... me acompañó por largo tiempo, llegando a penetrar hasta en canciones de mi Marinero en tierra...". Pero la niña no murió; simplemente, se hizo mayor y salió de la vida del poeta, quien afirma: "se me borró del todo, muriéndoseme verdaderamente".

Como puede verse, la Elegía constituye, pues, una transformación de aquel recuerdo en poesía pura. Alberti imagina una poética muerte, a la vez que proyecta sobre la niña, con amor, sus propios anhelos de evasión hacia el mar y su tristeza de ser un "marinero en tierra".

Por su estructura interna, el poema se divide claramente en dos apartados: **el primero** (versos 1-9) nos presenta, a la niña con su atlas; en el **segundo** (versos 10-18), se nos sugiere sutilmente su muerte.

La estructura métrica refuerza tal construcción. En los dos apartados encontramos la misma combinación de estrofas, aunque con distinto orden:

- ❖ La primera parte comienza con una cuarteta "irregular" (un octosílabo seguido de tres pentasílabos) con rima asonante (á-a). Sigue con un pareado de octosílabos con asonancia aguda (ó) y una tercerilla también de octosílabos con asonancia é-o en los versos impares (forma de las soleares andaluzas).
- ❖ La segunda parte comienza con el pareado, sigue con la cuarteta y termina con la tercerilla (que ahora es de heptasílabos y con asonancia en á-e).

Estas estrofas proceden, evidentemente, del caudal de la poesía popular. Su uso y su combinación denuncian el gusto de Alberti por tal tradición y son muestra del virtuosismo con que logró manejar sus formas.

Pero -aparte de la métrica- hay otro rasgo importante en la construcción del poema: los paralelismos y reiteraciones verbales. En efecto, salta a primera vista que las estrofas 1ª y 5ª se componen -casi- de las mismas palabras. Y lo mismo sucede, entre sí, con los pareados (estrofas 2ª y 4ª). Las leves, pero sustanciales, variaciones que se introducen habrán de ser comentadas y calibradas en nuestro análisis.

II. Análisis del texto (Expresión y contenido).

Se inicia el poema con una pura presentación (o evocación) de la niña. A ésa presentación corresponde la frase nominal (frase sin verbo en forma personal): *La niña rosa, sentada*. El adjetivo rosa proporciona una nota de belleza, de colorido, a. aquella "*pura y primitiva imagen*" de que hablaba el autor en sus memorias. La niña mira un atlas,- pero ese objeto, alimento de sus sueños, quedará relegado -y realzado- al final de la estrofa. Antes, el poeta lo embellece -lo ennoblece- mediante una sencilla comparación: como una flor.

Después de la presentación, la exclamación: ¡*Cómo la miraba yo - viajar desde mí balcón!* Exclamación que expresa la fascinación del poeta por la niña (las frases transcritas de *La arboleda perdida* nos explican su emoción). Pero notemos cómo el verbo viajar, merced al encabalgamiento, queda puesto de relieve. Ese viajar con la imaginación encierra la nostalgia de otros horizontes; nostalgia que el poeta supone en la niña, pero que es -sin duda anhelo del propio Alberti. En efecto, en el poema "Sueño del marinero", del mismo libro, leemos versos como estos:

*sueño en ser almirante de navío
para partir el lomo de los mares.
Mi sueño, por el mar condecorado,
va sobre su bajel, firme, seguro,
de una verde sirena enamorado.*

Muy cerca están estos versos de ese viajar en sueños de la niña de la Elegía. Barcos y mares aparecen también en la estrofa siguiente: *Su dedo, blanco velero, - desde las islas Canarias - iba a morir al mar Negro*. Ante todo, mediante una metáfora aposicional, el dedo que recorre el mapa queda convertido en un *blanco velero*, barco de los sueños. Después, se sugiere todo un viaje imaginario. Pero surge el verbo morir, que nos anuncia la segunda parte del poema. Y el autor ha debido escoger intencionadamente el mar Negro, por los ecos de luto que su nombre puede despertar.

Comienza el segundo apartado con una exclamación paralela a la de la primera parte: *¡Cómo la miraba yo - morir, desde mi balcón!* Sólo dos palabras han cambiado. El pronombre lo se refiere ahora a "dedo". La otra palabra que cambia es precisamente morir, que ya acaba de aparecer (verso 9) y que constituye el centro de toda "elegía"; ahora cobra toda su fuerza trágica al oponerse a viajar, que antes ocupaba la misma posición en el pareado. Se sugiere así el final de la navegación (de la vida) de aquel blanco velero que era, en definitiva, la niña y sus sueños.

Dos son también las variaciones que se observan en la cuarteta siguiente. En el octosílabo, una simple coma que cambia de lugar: *La niña, rosa sentada*. La alteración, tan leve en apariencia, produce un notable cambio: rosa pasa a ser un sustantivo, base de una nueva metáfora aposicional. La audaz aposición rosa sentada embellece, aún más que antes, el recuerdo de la niña. Segunda variación con respecto al cuarteto inicial: abierto es sustituido por cerrado. Y ese atlas cerrado representa igualmente el fin del "viaje", del anhelo, de la ilusión; del vivir, en suma. Como en la estrofa anterior, todo ha quedado en sutiles sugerencias. Y es que las palabras que han variado adquieren especial poder comunicativo por contraste con lo que permanece igual en estos versos, comparados con los correspondientes de la primera parte.

La tercerilla que cierra el poema nos trae la visión de una naturaleza que parece llorar por la niña: Por el mar de la tarde - van las nubes llorando - rojas islas de sangre. Se evoca primero el mar, con una significativa nota crepuscular. Luego, la personificación de las nubes (llorando) refuerza el tono de elegía haciendo participar a la naturaleza. El último verso, en fin, nos lleva a una auténtica imagen visionaria. Podríamos imaginarnos unas nubes rojas con la luz del ocaso; pero se convierten en sangre que se derrama en llanto sobre el mar y forma esas rojas islas. Tremenda imagen, sí, en que el mar -tan soñado por la niña (y por el poeta)- se tiñe trágicamente, como haciéndose eco de la desgracia.

Conclusión.

Comparando el poema con la anécdota que fue su origen, podría pensarse que esta Elegía es un puro "juego". Pero juego poético; es decir, creación. Alberti, partiendo de algo real, ha llevado a cabo una pura obra de imaginación poética. Y del juego, de las "mentiras", hemos pasado a las verdades. Porque lo que ha quedado encerrado en el poema son los propios anhelos del poeta: su desarraigo en la gran ciudad, su ansia de evasión, su dolor de que la evasión sea imposible.

También ha "jugado" -magistralmente- con las formas de la tradición popular, en la diversidad de ritmos empleados. Y con el lenguaje, estableciendo reiteraciones y paralelismos, construyendo audaces metáforas o imágenes visionarias de indudable novedad. Lo asombroso - también en este terreno es que ese juego conduce a una singular intensidad comunicativa, intensidad que -y aumenta nuestro asombro- no rompe esa sensación de gracia, de fragancia, con que el poema nos regala desde la primera lectura.